

DIOS, EL HOMBRE Y EL MAR^{*}

*Eugenio Guzmán Amado
Capitán de Navío*

Dijo Nietzsche: "Los más fuertes pensamientos son los que nos llegan en los silenciosos pies de las palomas". Así fue como se presentó ante mí, en una lejana caleta chilena, hace diez años, el contenido de la charla que dictaré hoy. Hasta este mes de mayo sólo estuvo en breves y desordenados pensamientos guardados en lo más profundo de mi alma y corazón.

Lo extenso, amplio, profundo y espiritual del tema no me permite hacer una síntesis ni llegar a conclusiones durante el tiempo que deberá durar esta charla.

Por tal motivo comenzará con una afirmación y deberá terminar con una interrogación:

DIOS ENTREGO AL HOMBRE LA TIERRA PARA QUE LA HABITARA Y EL MAR PARA QUE SENTIERA, CON MAYOR FUERZA, SU PRESENCIA, SU PODER Y SU INFINITIVA BONDAD.

En septiembre de 1976, siendo comandante de una torpedera, regresaba a mi Base en Puerto Williams, después de una agotadora semana de entrenamiento en la mar, donde la mayor parte del tiempo había soportado los fuertes temporales característicos en esa zona tan cercana al cabo de Hornos. ¡Sentía como si el invierno negara a la primavera su llegada a esos lejanos parajes, y sólo como concesión autorizaba que comenzara a haber más luz que oscuridad!

Al recalar, recibí la orden de embarcar un capellán, dirigirme a la pequeña caleta del canal Canacus y dar sepultura a una pobladora, recogiendo previamente —en el canal Murray— un pasajero que había viajado por mar desde la desolada caleta, para dar aviso del fallecimiento de su madre.

Al subir él a bordo pude darme cuenta de su osadía, pericia marinera y valentía. Había navegado durante casi una semana en un pequeño bote, sin velas, propulsado únicamente por la fuerza que sus brazos daban a los remos de su vieja embarcación; luchando con las fuertes corrientes y violentos temporales que caracterizan a una zona ubicada a sólo casi 20 millas del imponente y respetado Cabo de Hornos. Todo este esfuerzo para dar cuenta que su madre había fallecido.

En caleta Canacus comprobé que su mundo estaba constituido por dos hermanas, una desolada isla, unas pocas ovejas, el mar, la pesca, el viento, la lluvia, la ventisca y el apoyo permanente que la Armada de Chile brinda a aquellos que viven en tan aisladas tierras de mi patria.

* Conferencia dictada por el autor, Agregado Naval de Chile en Sudáfrica, el 20 de mayo de 1986, en el Acto organizado por el Sr. Embajador de Chile en Sudáfrica Mayor General don Luis Prüssing, con motivo de la celebración de las Glorias Navales y del Mes del Mar.

Esta disertación, con ligeras modificaciones, también fue ofrecida por su autor, el 5 de mayo de 1986, al Committee Defence Awareness Study Group de Johannesburg.

Al sentir el paisaje que me rodeaba, recordé a un poeta chileno, Pablo Neruda, Premio Nobel de Literatura, quien en su obra *Residencia en la Tierra*, en el poema "El Sur del Océano", escribe:

*Es una región solo, ya he hablado
de esta región tan sola,
donde la tierra está llena de océano.*

y termina recitando:

*No hay nadie vino el viento, no hay nadie
sino la lluvia que cae sobre las aguas del mar,
nadie sino la lluvia que crece sobre el mar.*

Después de sepultar a su madre y poco antes de zarpar, sin comprender aún claramente su motivación por tan arriesgada aventura, le pregunté ¿por qué efectuó tan peligroso viaje corriendo un alto riesgo de zozobrar y perecer? Su respuesta fue sencilla, pero profunda en su significado. Me dijo: ¡Lo hice porque debía darle a mi madre cristiana sepultura y en el mar siempre tengo fe que Dios me acompaña y Dios me protege!.

Y fue en ese preciso momento, en el rincón más solitario y apartado de América — cuando el invierno se negaba a permitir que llegara la primavera y sólo como concesión autorizaba que hubiera más luz que oscuridad— que un modesto pescador me hizo comprender la íntima relación de Dios con el hombre y Dios con el hombre en el mar. Sentí que esa presencia divina va aumentando, paulatinamente, a medida que el hombre se aleja de la tierra y lentamente se va encontrando rodeado de cielo, firmamento y mar.

Es este sentimiento, nacido en un lejano canal chileno, el que deseo meditar hoy junto a Uds.

DIOS, EL HOMBRE Y EL MAR

—Mar de este mundo.

—Mundo, que antes de su creación "el espíritu de Dios se movía sobre las aguas" (Génesis I, Cap. 1 vs. 2).

—Mundo que hoy es más mar que tierra.

— Mar cuya amplitud y grandeza inspira al artista.

—Artista, que con su pincel, trazando líneas y distribuyendo colores, interpreta las bellezas del paisaje marino.

—Paisaje marino que motiva al poeta, quien jugando con la rima y las palabras da vida romántica al mar de nuestra imaginación.

—Mar de imaginación, que inspira al escritor y al compositor, quienes usando el don de la expresión escrita y musical nos hacen sentimentalmente navegar y comunicarnos con este mundo.

—Comunicación marítima que no separa a las naciones, sino que más bien las une a través del comercio marítimo que se transporta en los buques que cruzan los mares.

—Buques tripulados por marinos, para explotar los recursos del mar, transportar las necesidades de carga de las naciones y sobre todo para dar seguridad y libertad a las comunicaciones marítimas.

¡MAR MARAVILLOSO, MAR CREADO POR DIOS!

El hombre, por su naturaleza, busca y se refugia en las comodidades que le ofrece la tierra. ¡Nació en ella y en los comienzos vivía con lo que la tierra le ofrecía!

Es sólo cuando su tierra no le pudo ofrecer nada, que por primera vez mira y reconoce las bondades del mar.

Elaine Morgan en su libro *Eva al desnudo*, se imagina y describe en forma magistral como el "primate", al ser asolada la tierra por altas temperaturas y grandes sequías— período pliostenio— quizás huyendo de la amenaza de animales salvajes que tratan de devorarlo, se encuentra por primera vez con el mar, penetra en él y las fieras no lo pueden alcanzar. Se va dando cuenta de las bondades que le ofrece este medio: ¡Le protege, le refresca de las altas temperaturas y le entrega la alimentación que tanto necesita... Se inicia la vida en las cavernas, junto al mar!

Normalizado el clima en la Tierra, llegan las lluvias, aparece la vegetación, y este hombre, poco a poco, se va alejando del mar; vuelve a él sólo cuando con urgencia lo necesita, quizás expulsado por vecinos más poderosos que conquistan sus tierras o bien en la necesidad de emigrar por exceso de población. Se construye la primera embarcación, y es el mar nuevamente, gracias a la bondad infinita de Dios, el que le ofrece los ilimitados caminos para llevar al hombre a nuevas tierras. Bástenos recordar como los maoríes fueron desplazándose y poblando todas las islas de Oceanía.

Y con la creación de la primera embarcación se inicia la explotación de los recursos del mar y aparece la oportunidad de un intercambio comercial. Primero entre puertos muy cercanos, para ir paulatinamente integrando a este mercado a los pueblos más distantes, cuya única vía de comunicación es el mar. Podríamos decir que con ello también se inician las relaciones internacionales.

Los que tripulan estas naves, enfrentados a este nuevo medio, van adquiriendo una personalidad, una sensibilidad, un carácter, una espiritualidad, que generalmente es diferente a quienes se desenvuelven en la tierra. ¡Nace el hombre de mar!... ¡Nace, luego, también, quien conoce que la presencia de Dios puede sentirla con mayor fuerza el hombre en el mar y el hombre que ama el mar!.

Este último hecho particular lo comprobamos con algunos ejemplos en los inicios de la Era Cristiana.

— Evangelio de San Juan: Jesús inicia su vida pública en Cafarnaúm, ciudad marítima. Jesús elige como sus primeros discípulos a pescadores del mar de Galilea

— En la excelente obra de Josef Holzner sobre la vida de San Pablo, se destacan los siguientes párrafos:

"El mar fue para Pablo un elemento vital para el cumplimiento de su misión en la vida". Y otro, cuando en su segunda misión, después de cruzar la actual Turquía, llega al mar, dice: "Pablo estaba encantado de ver aquí de nuevo su querido mar. Mar Universal e iglesia Universal se unían en sus ideas formando una sola representación". El mismo autor, al

describir el carácter de San Lucas —quien escribirá el evangelio que lleva su nombre y "Los hechos de los Apóstoles"— distingue su afición a viajar, "especialmente su amor al mar":

Y agrega, textualmente, lo siguiente: "El Capítulo 27 de los Hechos de los Apóstoles contiene aquella célebre parte del diario de San Lucas, denominado "El Capítulo Náutico y que ha examinado a fondo un perito alemán de la escuela náutica de Brema, el Dr. Breusing, en su libro la náutica de los Antiguos. Llámalo el más precioso documento náutico que nos ha conservado la antigüedad, el cual sólo puede haber sido compuesto por un testigo ocular. El héroe de la Marina inglesa, Nelson, lo leyó en su capitana, la mañana de la batalla naval de Trafalgar"

¿Es diferente la fuerza con que el hombre de mar ha sentido la presencia de Dios en la historia?

¿Cuándo navegaba en el Mediterráneo?

¿Cuándo cruzó los océanos, descubriendo y conquistando nuevas tierras, donde clavando la cruz de Cristo tomaba posesión de ellas declarando: Por Dios y por el Rey?

¿Cuándo los buques a vela trasportaban sus cargas a través de los océanos?

¿Cuándo hoy nos desplazamos por mar, cualquiera sea el medio?

La Fuerza de la presencia de Dios en el hombre de mar se ha sentido siempre con igual intensidad, porque el estímulo es el mismo:

¡MAR Y FIRMAMENTO,
CREACIONES ADMIRABLES DE DIOS!

Si bien estos elementos están siempre presentes, la fuerza de la concurrencia divina que irradian sólo se reconoce cuando se medita sobre ellos.

Veamos algunos rasgos de cómo se presenta en el espíritu del hombre de mar.

Al zarpe observamos, a medida que nos relajamos del puerto, que la única unión con tierra es la blanca estela que deja nuestra nave. Ella es tan inconsistente que no se pierde en el horizonte, sino más bien se diluye mucho antes. Representa, quizás, la última unión material con lo que dejamos en la ciudad, que el mar desea romper simbólicamente a través de una frágil blanca estela.

Si es de noche, la sensación es diferente; observamos cómo el puerto se transforma en una multitud de luces, semejante a estrellas y a medida que la distancia aumenta ellas van siendo reemplazadas por una inmensa luz que simula un gran fuego, donde se desenvuelve la agitada vida de la ciudad. Al mirar este espectáculo, mientras el buque uniformemente se balancea y cabecea al encontrarse con olas de la misma amplitud, nuestro pensamiento viaja, quizás, a lo que recién dejamos en tierra. Y es generalmente una ola de mayor tamaño la que rompe la armonía del movimiento de la nave y nos hace volver a la realidad. Respiramos profundamente y sentimos la pureza del viento, mezclada con la fragancia de la sal y el mar. ¡Miramos la majestuosidad del firmamento y nos sentimos, de cuerpo y espíritu, rodeados sólo de cielo, firmamento y mar!...

Y es lejos de tierra que Dios nos regala el sol y las estrellas para poder conocer nuestra posición geográfica; pero ello sucede principalmente en tres importantes momentos de la jornada diaria.

Cuando el sol llega a su zenith, en que por segundos nos entrega nuestra posición, es el momento en que "el astro rey" está en lo más alto de nuestro horizonte; en cambio, la sombra que nosotros proyectamos en cubierta es la más pequeña del día. Quien medite lo relacionará con la Grandeza y el Poder de la Majestad Divina, en comparación con lo tan pequeño que es el espíritu del hombre.

Las otras oportunidades son durante la aurora y el crepúsculo, donde admirando el espectáculo del nacimiento del día y cuando desaparece el sol, a través de las estrellas ubicamos la posición de nuestro buque. Después de ello, inspirados por el paisaje que hemos admirado, iniciamos con gran vigor nuestra jornada diaria o bien nos recogemos a la tranquilidad de nuestros camarotes con la visión del espectáculo maravilloso que nos ha ofrecido Dios a través de la naturaleza.

Pero este hombre que navega en un medio construido por el propio hombre, no está exento de las debilidades que caracterizan al género humano. Entre ellas, la soberbia. ¡Olvidarse que toda su existencia está programada por alguien Superior a él!. ¡Qué todos sus éxitos son Gracias a alguien Superior a él!.

Pero la bondad infinita de Dios nos hace sentir en el mar de diferentes maneras su Justicia y Poder. Citemos dos.

Comienzo de siglo. Gran transatlántico, maravilla de la construcción naval. Se dice que cuando fue bautizado se declaró: "¡Ni Dios lo puede hundir!" Navegando en el Atlántico, de noche, viento calma, mar llana... choca con un tempano y se pierde en las profundidades del océano. La experiencia de esta gran tragedia sirve de lección para todos los marinos.

Y es este Poder de Dios que sentimos cuando las nubes ocultan el sol y las estrellas, el viento aumenta su intensidad, las olas crecen, se agigantan, sus crestas despiden espuma en todas direcciones. El mar barre las cubiertas de la nave y esta se hunde en las olas para aparecer nuevamente en la superficie con gran dificultad. Los balances y cabeceos causan destrozos y mantienen a toda la tripulación despierta y alerta; a quienes el temporal motiva y, rejuveneciendo su espíritu, luchan contra la naturaleza y se dan cuenta finalmente que todo ello es una prueba del Poder de Dios representado en el mar.

Si las olas del mar están encrespadas y espumosas en la superficie, las profundidades permanecen tranquilas. ¡Eso lo sabe el hombre de mar! ¡Y también comprende que cuando su vida exterior es agitada como un océano, su vida interior está protegida por Dios nuestro Señor!.

Y viene la calma, aparece nuevamente el sol y nuestro buque se dirige a puerto con una tripulación entusiasta y con la sensibilidad, carácter y espiritualidad que distinguen al hombre de mar.

¡Señoras y señores! Chile, país tricontinental, si se suma la superficie de su territorio, podemos declarar que es una nación con más mar que tierra.

Este mar tiene gran influencia en su clima, en su tierra y en su gente.

Dios, a través del mar, siempre ha estado presente en los momentos difíciles de la historia de Chile.

Bernardo O'Higgins, padre de la Patria, crea la primera Escuadra chilena para poder consolidar la independencia nacional. Esta fuerza naval es usada posteriormente para que otro país de América, Perú, lograra su independencia.

El 11 de septiembre de 1973, los Comandantes en Jefe del Ejército y de la Fuerza Aérea, y quien asumiría en la fecha citada como Comandante en Jefe de la Armada, Almirante don José Toribio Merino, resuelven expulsar del poder al Gobierno del Presidente marxista Salvador Allende. La ejecución se inicia desde el mar con el fondeo sorpresivo de la Escuadra chilena en Valparaíso a comienzos de la aurora. El ruido de las cadenas de los buques al caer sus anclas en la bóveda oceánica fueron el símbolo del feliz desprendimiento de esas cadenas que un régimen totalitario y ateo quería imponer a los chilenos en mi patria, y significó también el inicio de una jornada de reconstrucción bajo la conducción del actual Presidente de la República, Capitán General don Augusto Pinochet Ugarte, y con unas Fuerzas Armadas y de Orden estrechamente unidas en la gran misión que han asumido de asegurar que "Chile sea un país libre y soberano".

El mes de mayo coincide con la celebración en mi patria del Mes del Mar. Su motivación obedece a recordar, manteniendo vivo el ejemplo de un hecho histórico que admiró al mundo por el heroísmo demostrado por un comandante chileno, Arturo Prat, y su tripulación, quienes enfrentaron en una vieja nave un enemigo mucho más poderoso. Su buque, la *Esmeralda*, se hundió con la bandera chilena al tope. El capitán Prat saltó al abordaje de la nave enemiga y en su arrojo y valentía ofreció a su patria la vida en defensa de su honor.

El comandante de la nave adversaria, en un gesto admirable, reunió los objetos que acompañaban al difunto para enviarlos a su viuda, y entre ellos destacaba en su pecho un símbolo cristiano que lo acompañó en su salto a la eternidad.

Al estudiar la vida de Prat, uno comprueba con emoción que fue una existencia moral y profesional intachable, dedicada a su patria, a su familia y a su armada. ¡Prat, era un hombre de mar! ¡Prat era un hijo, escogido de Dios!.

¡Señoras y señores! Al hablar ante tan distinguida concurrencia, en esta bella ciudad de Pretoria, declaro la admiración que tengo por Sudáfrica y la simpatía, como representante de la Armada de Chile, que siento por la gran hospitalidad que siempre han tenido Uds. con mi institución y con quien habla.

Debemos recordar que vivimos en un mundo acelerado donde el materialismo trata de imponerse sobre los valores espirituales del hombre, con noticias que muchas veces logran deprimirnos.

Yo os invito, cuando os embargue este sentimiento, que recordéis lo que hoy hemos meditado. Acercaos al mar. Escuchad el ruido de las olas cuando rompen en la roca y ved cómo esa ola se eleva para despedazarse en infinitas lágrimas de agua, espuma y sal. Mirad la grandeza del orto u ocaso en el océano, y seguid la suave ola que viene desde el horizonte a depositarse tranquilamente en la orilla del mar.

Si no podéis navegar, cerrad los ojos y dejad que vuestros pensamientos os alejen de tierra hasta sentirlos rodeados solamente de cielo, firmamento y mar.

Si vuestros espíritus se llenan con todo lo que significa la grandeza del océano, sé que llegaréis a amar el mar. Será el instante donde sentiréis que la primavera ha llegado a vuestros corazones, inundando vuestros espíritus con más luz que oscuridad.

Y será, también, el preciso momento en que encontraréis respuesta a la interrogante con que hoy termina su charla, este amante del mar, marino de profesión.

¿DIOS ENTREGO AL HOMBRE LA TIERRA PARA QUE LA HABITARA Y EL MAR PARA QUE SINTIERA, CON MAYOR FUERZA, SU PRESENCIA, SU PODER Y SU INFINITA BONDAD?